

ID: 1375821 - *El caballero de Barajas*. Triunfo . 28/9/1955.

NOCHE DE ESTRENO

"EL CABALLERO DE BARAJAS"

LOPEZ RUBIO SE PASA AL GENERO LIRICO, CON MUSICA DE PARADA

COMEDIA musical en tres actos, divididos en un prólogo, quince cuadros y un intermedio, original de José López Rubio, música de Manuel Parada. Título: «El caballero de Barajas». Presentación de la compañía lírica de Luis Sagi-Vela, con Miguel Ligeró, Ana María Alberta, Luisa de Córdoba

El primer síntoma de que la noche de estreno tiene una noble ambición artística lo recoge uno nada más llegar al vestíbulo del Alcázar. Esta noche se ha concentrado aquí la expectación teatral, representada por un público distinguido: famosos músicos, escritores consagrados, artistas de renombre, estrenistas de acontecimientos teatrales... y la alta crítica.

Siempre es curioso conocer las impresiones de un actor primerizo (primera salida de López Rubio al género lírico); pero cuando este autor posee el gran prestigio de Pepe López Rubio, el caso es bien singular. Por eso lo primero que hago es pasar a verle para obtener de él la referencia de sus emociones. López Rubio, nervioso como una hoja vuleada por el viento, saborea un enorme veguero, de igual tamaño que el que sostiene la mano mantecosa de Manolo Parada.

—¿Qué hay, Pepe?
—Aquí me tienes, sufriendo. Sagi-Vela sale precipitado de su camarín y grita con su disciplinada voz:

—¡Todos a escena!
La orden del jefe es secundada por un grito de mujer:

—¡Pepe!... ¡Baja al escenario para lo de los saludos finales!...

—Pepe—reanudo el diálogo con el autor—, ¿qué piensas en estos momentos?

—Que estamos asustados.
—Y apurados—corroboró el músico.

—Estoy esta noche más nervioso que cuando estreno una comedia. ¡Parece mentira!

—¿Te ha costado más; trabajo escribir esta obra que cualquiera de las que has estrenado?

—Sí. Primero, encontrar la oportunidad para incrustar

los números musicales; luego, hacer los cantables...

—No dirás que son los primeros versos que haces.

—Pues sí. En mi vida había hecho un verso.

—¿Te ha interesado este género?

—Sí, porque creo que brinda muchas posibilidades. Lo lírico tiene todos los caminos abiertos.

Un súbito silencio anuncia que la función va a comenzar. Pero el maestro Parada sigue «comiéndose» el puro. ¿Tanto miedo tiene en llegar a la orquesta?

—¿Qué haces aquí, homínbr? Tira el puro ya, hala...

—No. Es que éste es el primer estreno mío que no dirijo.

—¡Caramba! Esto es nuevo. No podría. Estoy como un flan. No respondo de mí.

—Y tú, Pepe, ¿de qué respondes en este justo instante?

—De nada.

Se ha hecho silencio en la sala y la orquesta ataca. Los autores se dirigen a delanteros de bastidores. El miedo se desliza de puntillas por el escenario. Los dejo. Me voy a mi butaca. Siseos de los espectadores puntuales, dedicados a los acreditados perezosos. Un día habrá que ponerlos en la picota de las columnas del periódico para que se corrijan.

Miguel Ligeró trae a escena, en forma de un cajoncito rudimentario con unas lámparas, el invento que le faculta para cambiar la voz de unas personas a otras. He aquí el nudo de la trama. Los primeros aplausos se los apunta Sagi-Vela al interpretar «Te canto a media noche». Cuando concluye la primera parte, seguida con evidente interés por el «respetable», aplausos sostenidos, que obligan a salir a los autores.

El «hall», de reducidas dimensiones, abarrotado. En general, comentarios enco-miásticos. Singularicemos.

—Está presentado con mucho gusto, y los artistas, aunque un poco nerviosos por la responsabilidad del estreno, lo están haciendo muy bien—declara sin forcejeos el director



Sobre la escalera que une el escenario con el camarín de Sagi-Vela, los autores en «capilla» tratan de disimular ante el «flash» la inquietud por que pasan momentos antes de que se levante el telón, cuando ya el público llena la sala



Luisa de Córdoba, Manuel Parada, Miguel Ligeró y Ana María Alberta, cuando ya habían sonado aplausos en honor de «El caballero de Barajas», aunque el orondo autor de la partitura siga, al parecer, tan preocupado (Fotos Alfredo)



«¡A escena para ensayar los saludos!»... Y el cuadro de colaboradores de Sagi-Vela corre por las escaleras para acudir al escenario y recibir las últimas instrucciones del jefe

cinematográfico argentino César Amadori.

—Ana María Alberta es muy mona —palabras envueltas en volutas de humo, de María Asquerino.

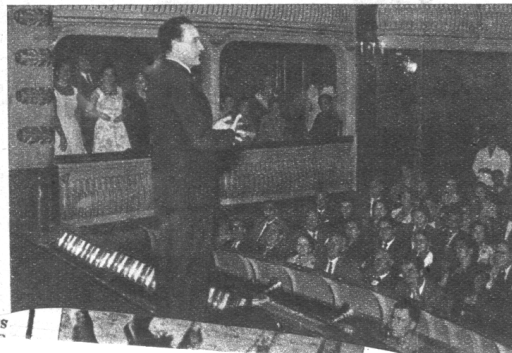
—Que diferencia de lo de anoche del Fuencarral, ¿eh?

—comenta Alfredo Marquerie. Voy a ver en qué estado se encuentran a estas alturas los

autores. La verdad es que me dejaron un poco preocupado. López Rubio ya consumió el puro. Ahora saborea un cigarrillo rubio. Aún no ha recobrado el color natural su faz. Antes de que yo le diga nada, es él quien pregunta:

—¿Qué? ¿Qué dice la gente por ahí?

(SIGUE)



Los aplausos que sonaron al final de la representación fueron tan insistentes que obligaron a Luis Sagi-Vela a dar un paso al frente y pronunciar unas palabras para agradecer al «respetable» la acogida que dispensó a «El caballero de Barajas»